

Capítulo 1

El hombre oculto entre las espigas vio acercarse la nube de polvo y anotó la hora en su planilla: 16:32. Comparó el dato con los registros de los días anteriores y asintió para sus adentros. El chico en bicicleta tenía la puntualidad de un tren británico. Con unos binoculares siguió el recorrido del ciclista con la sonrisa del apostador que ve ganar a su caballo. Pocos segundos después la bicicleta desapareció tras la polvareda. Comprobó la hora una vez más y se dirigió al camino por donde había pasado el muchacho. Miró a su alrededor, no había nadie a la vista. Desde donde estaba, el cerro Tres Picos parecía las jorobas de un camello. Disponía del tiempo suficiente para colocar el señuelo en su lugar.

Al llegar a su destino Maxi apretó los frenos y casi choca contra la tranquera. Se bajó con tanta urgencia que la bicicleta cayó sobre los yuyos que crecían junto al alambrado. Una vez más comprobó la hora en su reloj. Inspiró hondo, todavía disponía de diez minutos para su experimento. Con la agilidad propia de los muchachos de dieciséis años, en dos segundos ya había saltado al otro lado de la tranquera.

Junto a uno de los postes había un cartel que decía: "Propiedad privada. Prohibido el paso". Como si las palabras no fueran suficientes, había un orificio de bala en el metal. Visto en su conjunto, el agujero funcionaba como signo de admiración.

Se palpó los bolsillos del pantalón y torció la boca con rabia al comprobar que la nota estaba allí. Desde el comienzo de sus experimentos llevaba consigo un papel donde explicaba todo. Regresó a la bicicleta y dejó el mensaje enrollado entre el manubrio y el timbre. Maxi no quería desaparecer y que nadie sepa lo que le había sucedido. No sería justo para sus amigos ni para las monjas o el Padre Juan. Meses antes, al dar comienzo a sus pruebas, había ideado un prolijo método de investigación. Lo primero había sido la elaboración de un plano del bosque sobre el que trazó una cuadrícula. Desde entonces cada martes y jueves inspeccionaba una nueva porción del terreno. Estaba decidido a encontrar el portal.

Llegó al sector que tocaba investigar ese día, el C9. Luego de repasar los límites comenzó a recorrer el terreno con los brazos extendidos hacia adelante. Caminaba buscando tantear algo que sus ojos no podían ver. Él lo llamaba el método del sonámbulo.

Hacía treinta años un huérfano como él había desaparecido en esa zona. El muchacho perdido tendría casi su misma edad y nunca fue encontrado. En el Hogar San Jerónimo circulaban varias leyendas que explicaban de distintas maneras la ausencia de Marcos Palma. Unos decían que había sido secuestrado por un matrimonio de ancianos sin hijos. Otros proponían que el huérfano se había fugado con una novia secreta. Algunas versiones apuntaban a que se había unido a un circo o a un culto satánico. Los internos mayores pensaban que se trataba de una versión del hombre de la bolsa para huérfanos, buscando así que por miedo los chicos no se alejen del Hogar. Lo cierto era que hacía más de treinta años que Marcos Palma se había dirigido hacia el sitio que ahora investigaba Maxi y nunca apareció. Además, tampoco habían podido encontrar la bicicleta que usó para ese paseo.

Para Maxi todas esas historias formaban parte del colorido folclore del orfanato. A él ese asunto lo atrajo desde que lo escuchó por primera vez. Sin embargo, no creía que ninguna de esas leyendas fueran ciertas. Él tenía su propia hipótesis: Marcos Palma habría encontrado allí una puerta no convencional. Estaba seguro de que allí habría un portal que conecta el bosque con otro lugar distante. Un sitio separado por el continuo

espacio-tiempo. En su opinión los adultos jamás reconocerían en público la existencia de portales para pasar a otros mundos paralelos. Había leído que los portales eran equivalentes al concepto cosmológico de los agujeros de gusano.

A los trece años Maxi ya había leído los siete libros de Las crónicas de Narnia de C. S. Lewis. Era un verdadero entusiasta de la literatura de ciencia ficción. La diferencia era que para él no era ficción. En su opinión esos escritores se veían forzados a utilizar ese género para transmitir sus conocimientos.

Algunos de sus compañeros a veces se reían de él. Sin embargo, nadie lograba vencerlo en una discusión sobre el tema. Maxi conocía todas las teorías, todos los relatos y los relacionaba de modo brillante. No todos los huérfanos compartían sus opiniones, aún así, la mayoría admiraba la pasión que demostraba. Por esa razón estaba tratando de encontrar un portal. Para él tenía que estar allí cerca. En alguno de sus cuadrantes, donde había desaparecido Marcos Palma.

De tanto caminar con los brazos extendidos comenzaron a dolerle los hombros. Justo en ese momento sonó la alarma de su reloj. Se le había acabado el tiempo. De inmediato recordó sus obligaciones: al día siguiente había prueba de trigonometría. Como era un estudiante dedicado, en cuanto regresara al Hogar repasaría los ejercicios una vez más. Con eso sería más que suficiente.

Saltó sobre la bicicleta y emprendió el regreso levantando a su paso una nube de polvo gris.

A mitad del camino al Hogar, algo le llamó la atención. Frenó y dejó la bicicleta en el suelo. Se acercó corriendo al poste de electricidad. Era un cartel y tenía sus colores favoritos: azul y amarillo. Lo que leyó no era algo relativo a su club de fútbol preferido. De todos modos el mensaje lo entusiasmó todavía más. Era una cartulina con el anuncio de una fiesta para chicos de colegio. Miró la fecha y sonrió. Con cuidado arrancó el cartel para guardarlo en su pantalón. Se alejó pedaleando a toda velocidad. Estaba contento porque, después de todo, no había sido una salida inútil. Había descartado el cuadrante C9 y tal vez pudiera ir al baile. No veía el momento de contarles todo a sus dos mejores amigos: Gabriel y Aldana.

El hombre escondido observó cómo se alejaba Maxi y al perderlo de vista se quitó los binoculares. De la campera sacó el celular y escribió un mensaje. En pocas palabras relató que el huérfano se había llevado el cartel. La respuesta llegó casi de inmediato. Con una mueca hizo media sonrisa al guardar su teléfono. Metió todo su equipo en un bolso y regresó al auto que había estacionado del otro lado del campo. Encendió el motor y calculó que en una hora llegaría a su destino, pocos kilómetros después de Sierra de la Ventana. A través del parabrisas contempló a un carancho que a lo lejos planeaba en círculos. Se preguntó si el ave también habría localizado a su presa.

Capítulo 2

La elección del momento para entrar en acción era crucial, de vida o muerte. Los guardias podrían abrir fuego sobre cualquier objeto sospechoso. Desde que había amanecido, Rufo estaba recostado sobre el terreno pantanoso a pocos kilómetros del lago Ka Nasi, al norte de China. Apenas movía los ojos para vigilar los movimientos de los soldados que custodiaban el cuartel. Los mosquitos zumbaban a su alrededor y el hedor del aire se le había impregnado en la ropa.

Como precaución llevaba la gorra verde de lana encajada hasta las orejas. En su caso era esencial para que no se asome el cabello rojizo. Se había embadurnado la cara con la pintura de camuflaje. A través del auricular podía escuchar a Shahid Beydoun quejándose por casi todo. Su compañero estaba apostado cuatrocientos metros, colina arriba. Podía imaginarlo observando los movimientos del cuartel a través de la mira telescópica. Cuando Rufo decidiera colarse por el alambrado solo podría contar con el apoyo táctico del francotirador.

Había entrenado a Shahid Beydoun durante una semana. Aunque sus compañeros pensaban lo contrario, Rufo no se consideraba un buen instructor. De todos modos había hecho su mejor esfuerzo con él. En su opinión, el egipcio necesitaba mucho más entrenamiento para mejorar su actual puntería.

El plan de Rufo era meterse en el cuartel con la mayor discreción. Una vez adentro tendría que localizar al prisionero que debía rescatar. Confiaba en lograr la extracción sin que fuera necesaria la intervención de Shahid Beydoun. Si el francotirador decidía apretar el gatillo desde la colina, él correría el mismo riesgo que sus enemigos.

Tal como lo esperaba llegó el momento del cambio de los guardias de la entrada. Los hombres que se acercaron usaban sus uniformes con desprolijidad: las camisas color caqui sucias, transpiradas y sin abotonar. Las camisetas que llevaban debajo en algún momento debieron ser blancas. Rufo observó a los soldados entretenidos en largas charlas mientras fumaban y reían. Era la oportunidad que había estado esperando por horas. Se arrastró con prudencia hasta el costado del perímetro donde la vegetación era más frondosa. Los soldados seguían entretenidos a cien metros de su posición. Cada tanto se escuchaba alguna carcajada.

Utilizó una gruesa rama para mantener levantado el alambrado y reptando ingresó al cuartel. En pocos segundos estaba en la parte posterior de una barraca de madera. Todo parecía estar en calma. Se asomó para mirar hacia la colina de Shahid Beydoun y mostró un pulgar en alto en esa dirección.

—¡Carajo! —dijo entre dientes y enseguida la confirmación le llegó al auricular.

El egipcio conocía a su instructor argentino, al menos lo suficiente como para comprender el significado de la expresión

Rufo no se sentía a gusto con esa misión. Todo se había organizado de modo precipitado y no le habían dado demasiado tiempo para preparar la operación. Estaba seguro de que los que se ocuparon del contrato habrían convenido una elevada cotización por el rescate. Lo único que tenía a su favor eran los datos que le había proporcionado la división de inteligencia de SibirsKorp. Para Rufo era el sector más serio de la empresa militar privada rusa para la que trabajaba desde hacía más de diez años.

La misión era simple: encontrar al prisionero, Anatoly Timofeev, y sacarlo de allí con vida. Le habían proporcionado algunos datos del ingeniero: un metro noventa, ruso, experto en gasoductos, empleado de Gazprom. No prestó mucha atención a la fotografía del prisionero. En su experiencia el cautiverio prolongado habría alterado las facciones

que aparecían en la imagen del hombre sonriente con traje. Rufo llamaba a esas misiones trabajo de cartero: llevar y traer paquetes con la menor cantidad de daño en la mercadería.

Tenía que recorrer unos cincuenta metros ocultándose entre las construcciones. Antes de buscar al rehén comprobó su equipo. La pistola semiautomática Walther P99 estaba en su sitio, lo mismo que sus dos granadas, una para aturdir y la otra de fragmentación que esperaba no verse obligado a usar. Solo sostenía en la mano el cuchillo táctico Yarará que extrajo de la vaina rígida que tenía sujeta al muslo. Avanzó sin ser detectado hasta la construcción que servía de calabozo. Tal como lo había supuesto, no había guardias en la entrada: esos hombres no esperaban una incursión a plena luz del día.

A través de las paredes oyó unas voces que provenían de adentro de la cabaña. Se acomodó la gorra de lana y se preparó mentalmente para enfrentarse al menos con dos hombres. Se detuvo junto a la puerta y cerró los ojos un momento para que el interior del calabozo no le resulte demasiado oscuro. Abrió despacio para que nadie se sobresalte. Dos hombres jugaban a las cartas en una pequeña mesa de madera que estaba frente a las rejas de la celda. El que estaba de frente advirtió a su compañero que se levantó de su silla y giró para enfrentarlo. El soldado no pudo hacer nada, ya que recibió en la frente un golpe con el culote de goma de su cuchillo. Antes de que el hombre cayera al suelo, Rufo pateó la mesa empujándola hacia el otro soldado. El golpe en el abdomen hizo que trastabille hacia atrás hasta chocar contra los barrotes. En cuanto recuperó el equilibrio recibió un fuerte codazo en el costado de la cara y cayó inconsciente.

Desde afuera la celda parecía vacía. Encontró las llaves colgando de un gancho de la pared. En el interior el olor a orina concentrada era aún más irritante. Contra la pared del fondo, en la zona más sombría del calabozo, había dos catres, cada uno con un bulto encima.

Se acercó a la persona recostada a la izquierda. Lo giró despacio para verlo mejor. Era un anciano que presentaba la cara inflamada. Por la coloración supuso que habría recibido una fuerte paliza. No era su objetivo, sin embargo, lo examinó de prisa y le tomó el pulso. Sin atención médica el viejo estaría muerto al día siguiente.

Se acercó al individuo del otro catre. Lo movió tomándolo del hombro huesudo hasta que se encontró con un hombre que estaba dormido. En la oscuridad se parecía a su objetivo. Comprobó que tenía buen pulso. Le tiró un poco de agua en la cara y el hombre despertó defendiéndose la cara con los brazos.

—¿Es usted Anatoly Timofeev? —le preguntó en inglés

—Por favor, no me mate —suplicó en ruso.

—Anatoly, me mandaron a sacarlo de este agujero—dijo en el idioma del preso—

¿Puede caminar?

Con su ayuda el ingeniero se incorporó y comenzó a dar unos pasos temblorosos hacia la salida. Rufo estaba por salir de la celda cuando volvió a mirar al anciano moribundo. Sus órdenes solo indicaban que debía extraer al ruso. Lo pensó un momento mientras Anatoly Timofeev lo esperaba en la puerta.

Tenía que tomar una decisión. El tiempo se agotaba.

Se cargó al anciano al hombro. Lo movió un poco para balancear el peso extra. En ese momento agradeció que el viejo estuviera tan flaco ya que le pesaba poco. Por suerte ese día Rufo se había colocado la otra rodillera elástica, la ortopédica.

Capítulo 3

Hacía más de una hora que Aldana y Gabriel estaban estudiando juntos en el comedor grande del Hogar San Jerónimo. En ese momento se habían enojado por la tarea. Lo peor era que habían dejado para último momento el trabajo de lengua. Al rato de comenzar se entusiasmaron leyendo algunos relatos de Manuel Mujica Láinez. Por fin le tomaron el gusto a la elaboración de la reseña de alguno de los cuentos de Misteriosa Buenos Aires.

Maxi entró corriendo al comedor justo cuando Aldana y Gabriel estaban discutiendo. Pese a que una narración que habían leído les había dado mucho miedo, los dos la habían elegido para la tarea escolar. El recién llegado no conseguía llamar la atención de los chicos. Ninguno de los dos quería dar el brazo a torcer. Maxi no esperó más y puso el anuncio azul y amarillo de golpe sobre la mesa. La discusión se interrumpió y se quedaron mirando el cartel.

—¿Qué es esto? —preguntó Aldana.

—Lean —les dijo Maxi que tenía los puños en la cadera—. Una fiesta. Es esta noche.

—Maxi, ¿ya viste los colores que tiene? —intervino Gabriel poniendo cara de gusto feo.

—Si. Pero fijate. Es del colegio Reino de Suecia. Son los colores de la bandera de ese país.

—¿Qué colegio es ese? —quiso saber Aldana.

—Ahí dice. Es ese colegio elegante de Tornquist. Organizan una fiesta esta noche en el tambo de Ferrari.

—Maxi, ese tambo no funciona hace años y está en medio de la nada.

—Aldana, ¿no nos dijiste la semana pasada que siempre quisiste ir a una fiesta? No pongas esa cara, estabas como loca con lo de la música, las luces y no sé qué otras cosas. Bueno, Cenicienta, se cumplió tu deseo. Ahí está. Es esta noche.

—¿Y la ropa? Yo no tengo ningún vestido. Bueno, si tengo, pero si es tan elegante, no tengo nada decente que ponerme.

Maxi rodeó la mesa resoplando. Al quedar frente a los otros dos señaló con el dedo el cartel:

—Leé, nena. Dice clarito que es informal. Se puede ir de campera y zapatillas. Ponete la ropa que quieras. Mirá, explica que están todos invitados y que la entrada es gratis.

—¿Vos decís que la Madre Noemí nos dejará ir?

Maxi y Aldana miraron a Gabriel como si hubiera hablado en un idioma desconocido. Los dos negaban con la cabeza

—Entonces —insistió—, ¿para ir nos tenemos que escapar? ¿A la noche?

—Si, Gabriel —dijo Maxi recuperando el entusiasmo y sentándose frente a sus amigos—. Ya lo pensé todo. Después de la cena nos reunimos los tres y nos vamos a la fiesta en bicicleta. Primero voy a hacer unos ejercicios de trigonometría y después...

Maxi interrumpió su explicación cuando la señora González entró al comedor.

—Hola chicos —los saludó la mujer que se dirigía a la cocina a preparar la cena.

Los tres le sonreían y movían sus manos a modo de saludo. La cocinera pasó junto a ellos observándolos con el ceño apretado.

—No quiero ni imaginarme en que andarán ustedes con esas caras de pícaros. Mucho ojito.

Luego de la advertencia la mujer desapareció tras las puertas dobles de la cocina. Los chicos se miraron entre ellos y exhalaban con alivio. Maxi continuó:

—Bueno, después voy a esconder las bicicletas atrás de la cancha de fútbol.

—No sé —dijo Aldana que había empezado a morderse la uña del pulgar—. Me parece mal lo de escaparse e ir a ese lugar con desconocidos.

—Ufa, Aldana. No es un ritual satánico. Es un colegio al que van los hijos de las familias de plata. Es lógico que organicen esa fiesta para que vaya más gente y no solo los ricachones de siempre. Seguro que va a haber unos cuantos galancitos —Maxi trató de agitar las cejas como Groucho Marx.

Aldana seguía con la uña en la boca.

—Vamos, chicos. Tenemos la suerte de que vi el cartel y justo es esta noche. No habrá otra oportunidad como esta, ¿qué dicen?

—¿Queda muy lejos? —preguntó entusiasmado Gabriel.

—¿El tambo de Ferrari? No. Salimos para la derecha y es un poco antes de llegar a la ruta treinta y tres. Media hora de pedaleo. Facilísimo.

Gabriel asentía. Aldana había cambiado de uña. No quitaba la vista del anuncio.

—Bueno —dijo Maxi levantándose y yendo hacia la puerta—. Hagan lo que quieran. Yo voy a ir. A las once agarro la bici y si alguno de los dos quiere acompañarme bien, y si no chau.

—Yo voy —le gritó Gabriel, pero su compañero ya había salido al pasillo.

Aldana lo miraba con las cejas en alto. Había dejado de morderse las uñas.

—No te enojés —le pidió Gabriel—. Te dejo a vos el cuento del hambre, ¿querés?

Mucho más tarde, cuando la mayoría de los chicos del Hogar dormían, Gabriel se asomó por la puerta de atrás. Como no había nadie a la vista, atravesó la cancha de fútbol por la línea central. Unos metros antes del alambrado había una casilla de madera. Era el lugar donde se guardaban las redes de los arcos y la cal para pintar las marcas de la cancha. Desde allí Maxi agitaba un brazo para que su compañero lo vea.

—¿Y Aldana? —susurró.

Gabriel se encogió de hombros.

Pasaron las bicicletas por encima del alambrado y empezaron a alejarse a pie sosteniendo los manubrios. Entonces escucharon que alguien se les acercaba por detrás. Iba hacia ellos y estaba corriendo.

—Que susto, Aldana. Pensé que era la Hermana Inés.

—Yo también —dijo Gabriel.

—¿Hay bici para mí?

El Hogar San Jerónimo se había construido sobre una parte de la estancia Sauce Viejo. La parcela había sido donada por los propietarios para la construcción del orfanato. Detrás de la cancha de fútbol se extendía un bosque natural de más de trescientas hectáreas. Desde hacía más de cuarenta años los dueños habían clausurado toda el área. En ese terreno estaba prohibida cualquier actividad humana, el bosque se había convertido en una reserva ecológica.

Los tres chicos avanzaron entre los abetos empujando sus bicicletas. Sin adentrarse demasiado en el bosque fueron rodeando el orfanato. Un rato más tarde pedaleaban por el camino de tierra. Iban en fila con Gabriel en la delantera. Él era el único que tenía un pequeño farol sobre el guardabarros delantero. La luz apenas alumbraba diez metros al frente del camino de tierra.

—Es allá —gritó Maxi señalando una edificación de madera vieja.

De lejos se veía como la estructura cambiaba de colores siguiendo una melodía apenas audible.

Los tres frenaron cien metros antes, se quedaron viendo el tambo Ferrari con la boca abierta. La música sonaba fuerte y con mucho ritmo. Cada tanto se escuchaban aplausos y risas provenientes del interior.

Los dos varones se miraron con una enorme sonrisa. Chocaron sus palmas en el aire. Aldana tenía una mueca de desconfianza en la boca.

—Dejemos las bicis escondidas acá —dijo Maxi acercándose a un arbusto que crecía junto al alambrado.

Aldana seguía en medio del camino, sin bajarse del asiento. Gabriel se acercó para decirle:

—Te propongo algo. Vamos hasta la entrada al tambo y miramos. Si no te gusta o te sentís incómoda, vos y yo nos volvemos juntos.

—Nos volvemos los tres —agregó Maxi abrazándolos.

Aldana miró a sus amigos a los ojos.

—Entre nosotros nos cuidamos —dijo Gabriel.

—Entre nosotros nos cuidamos —respondieron a coro los otros dos.

A medida que se acercaban a la tranquera la música y los colores parecían más fuertes. La entrada al tambo estaba cubierta por un telón negro. Parecía hecho de terciopelo. De pronto a la música se sumaron unas voces que coreaban un estribillo. Por lo que oyeron parecía que quienes cantaban eran chicas o niños.

—Che —dijo Gabriel—, ¿la fiesta era para pibes de primaria?

Maxi se encogió de hombros y se acercó a la entrada. Corrió el telón apenas unos centímetros para asomarse. Miró a sus amigos con una sonrisa y abrió un amplio espacio para que sus compañeros vean el interior. Aldana se apretó contra el brazo de Gabriel.

Detrás del telón había un amplio corredor tapizado por telas negras. Entraron y notaron que el suelo estaba revestido por maderas flotantes. En ese lugar la música se oía mucho más fuerte. Al final del pasillo había otro telón de terciopelo. Por las aberturas se colaba una intensa luz que cambiaba de colores todo el tiempo. Los graves de la música hacían vibrar las tablas del piso al compás de la canción. Aldana les dijo algo, pero en ese momento el sonido de la música lo tapaba todo. Junto con las voces del interior ella empezó a cantar con Christina Aguilera. Con los ojos cerrados gritaba “Pero me acuerdo de tí”. Sus compañeros comenzaron a aplaudirla.

Maxi apenas se contenía para asomarse al segundo telón. Les hacía gestos a sus compañeros para que se acerquen. Aldana dejó de cantar. Le tomó la mano a Gabriel y avanzaron despacio, parecían novios caminando hacia el altar. Los dos vieron que su compañero metía la cabeza entre los pliegues para ver hacia adentro.

Se detuvieron detrás de Maxi que parecía estar sorprendido por lo que estaba observando. Gabriel, preso de una gran curiosidad se asomó también. Los dos varones recorrieron juntos la cortina. Aldana quedó cegada por la luz intensa. Dio dos pasos hacia delante para ver de cerca el interior.

La música estaba muy fuerte. Las luces giraban en todas direcciones encandilándolos. Los tres avanzaron dejando atrás el telón negro y de a poco pudieron ver el interior del tambo.

El lugar se encontraba vacío. Las paredes estaban formadas por tablas desvencijadas y el suelo, cubierto de polvo, olía a pis de gato. De improviso, la música y las luces se apagaron al mismo tiempo. En medio de la oscuridad oyeron unos pasos

que se acercaban. La luz apareció al correrse el telón y de inmediato se encontraron frente a unas personas que llevaban linternas. De a poco los hombres comenzaron a separarse hasta rodearlos. Solo podían ver sus pies y así descubrieron que en el medio del grupo había una mujer.

A paso lento los hombres con linterna se fueron acercando a los chicos. Maxi notó como sus amigos se acercaban a él y entonces les sujetó las manos. En voz baja les dijo:

—No tengan miedo. Entre nosotros nos cuidamos.